

que todo estaba perdido, subió á su cuarto y escribió á Lucía para enterarla de lo que le pasaba.

«Comprende toda mi pena. No te veré estos días, pero te amo», la dijo por carta.

¿Qué se le ocurrió á la comedianta leyendo estos renglones?

—¡Tengo mi hotel!—exclamó, haciendo una pirueta.

Y tomó asiento ante el piano para cantar un trozo de *La bella Elena*.

Cuando acabó su aire, murmuró:

—Gontrán no me verá estos días. ¿Quién me verá entonces?

XIV

El amor y la conciencia

Seis semanas después, Gontrán y Lucía se paseaban por los Campos Elíseos en un pequeño cupé que llevaba una cortina corrida.

Gontrán tenía el pudor de su duelo.

Recorrían la avenida de los Campos Elíseos, la avenida de Friedland, la avenida de la Reina Hortensia, visitando los hoteles, para los cuales se buscaba comprador, animándoles ya con la vida loca que en ellos había de resplandecer.

Se habían aventurado en los mejores. Nada era bastante bello para la señorita.

Comprendía, sin embargo, que era menester moderar un poco sus aspiraciones.

Se contentó con un hotel de la calle de Courcelles, que sólo costó al joven doscientos mil francos.

¿Cómo Gontrán, por su parte, doblaba el cuello ante aquella nueva locura? Gastaba con Lucía quinientos francos diarios; caballos, coches, ramilletes y vestidos; porque si la joven aun no se había hecho una gran comedianta, habíase tornado una gran «cocotte».

Es que Gontrán estaba siempre entregado á los compromisos de amor y de conciencia. Ésta decía al amor: «Eso es demasiado; me has arrastrado más lejos que quería; si doy un paso más, no volveré á encontrar mi camino». El amor decía á la conciencia: «¡Pido tan poca cosa para vivir y para ser dichoso! Ese hotel, que hace falta para albergar dos corazones, por ejemplo, cuesta doscientos mil francos; pero el Crédito Territorial presta cien mil por hipoteca. ¿Y qué es una hipoteca que se paga y se borra en cincuenta años? Estar en su casa, es el ideal. ¿Quién no está hoy en su casa? Vivir en una casa de alquiler es vivir en un ómnibus. ¡Aparta! ¡no eres de tu época, conciencia, amiga mía!» La conciencia daba mil buenas razones, mas no se la escuchaba.

Lucía tuvo su hotel en la calle de Courcelles. Era una linda alhaja de piedra. Fachada estilo Luis XV, toda tallada, bustos Pompadour, marcos en forma de cordón, molduras armoniosas. El interior estaba hecho para la intimidad, con sus tinturas de seda y su maderaje finamente trabajado. Los herrajes indicaban un artista; todos los techos estaban poblados de amores y de pájaros. Pocas nubes. ¿Para qué nubes? Y la sala de baño, toda de mármol blanco dentro de un marco de ónix, con clavos de oro, verdaderas estrellas, en el techo. No había jardín; pero en el invernadero, que sería el fumadero, ¿no podría ella encerrar toda la flora lujuriosa de los trópicos?

Lucía echó de ver con alegría que la escalera de

servicio era bastante linda para hacer de ella una escalera oculta.

XV

La tocadora de harpa

Mucho se habló del hotel de la señorita Lucía, como de una morada de princesa. En él se pasaban las horas en buena compañía. Recibióse una vez por semana á los mejores de los malos. La crónica de los periódicos hablaba á diario de las fiestas de Lucía, de los hechos y gestos—¡qué digo!—de las frases felices de Lucía.

Todo el mundo envidiaba á Gontrán, todos burlábanse de él. El joven, por su parte, se prometía todos los días cesar en aquellos desórdenes, pero todos los días caía fatalmente bajo su yugo.

Lucía era el encanto y el veneno de su vida. Pero ¿no se ha dicho á propósito de esas mujeres que, acostumbrándose á ellas, los hombres se acostumbran á los venenos?

Por otra parte, Gontrán no estaba del todo entregado á las malas pasiones; tenía sus horas juiciosas. Casi siempre almorzaba y comía con su madre. Las comediantas nunca se sientan formalmente á la mesa, excepto para cenar; almuerzan en la cama, comen casi en pie, porque la hora de la función se acerca, excepto los días en que no trabajan. Y Lucía trabajaba casi todas las noches. Gontrán podía, pues, almorzar y comer en casa, sin que Lucía pudiera echarle en cara que la abandonase.

Cuando franqueaba el umbral de su casa, convertíase en otro hombre: la imagen de Lucía le abandonaba en la antecámara, y el recuerdo de su padre ocupaba todo su ser. Durante la comida, la señora Staller, que parecía conducir la conversación, abría ante los ojos de su hijo las perspectivas de una vida seria, premiada por la consideración. Le reprendía porque no hacía nada; tenían amigos en el mundo oficial; le aconsejaba pensase en una función cualquiera; no era bastante rico para estar cruzado de brazos.

—A menos,—solía decirle,—á menos de hacer un buen matrimonio.

Y con esto quería darle á entender que debía casarse con la señorita de Marcy, que tan bien tocaba el harpa.

—¡Bueno!—exclamaba Gontrán.—No deseo otra cosa sino casarme con la señorita de Marcy.

Decía esto como se dice á un amigo que ha de marcharse á la India al año siguiente: «Iré con usted».

Gontrán dedicaba de vez en cuando una velada á su madre y á su hermana, cuando éstas tenían visitas. Aun cuando estuviesen de luto riguroso, habían vuelto á abrir sus puertas á algunos amigos íntimos: la señorita de Marcy no era de éstos, pero lo fué muy pronto.

—¿No sabes,—dijo un día la señorita Staller á su hermano,—que la señorita de Marcy vendrá esta noche, con nuestras amigas, á tomar una taza de té? ¿Te escaparás, lindo pájaro?

—No. ¿Tocará el harpa esa señorita?

—¿Estás loco? De sobra sabes que aquí no pega la música. Por otra parte, ya no toca el harpa.

—¿Y por qué no toca el harpa?

—Porque está triste.

—¿Y por qué está triste?

—¡Ah, he ahí el secreto! ¡Pero es un secreto suyo!